

## ONCE

La fachada algo destartada con llamativos desconchones oscuros, la mala imitación de farol veneciano que colgaba de techo de la entrada, el cartelito de hierro forjado sin grandes pretensiones colgado de gruesas y bastas cadenas... todo aquello en la puerta de la taberna no concordaba con lo que había vaticinado para un barrio como aquel. Un pesado carro de caballos pasa a mi lado, casi arrollándome, a toda prisa por el irregular adoquinado haciendo sonar campanas y cascabeles y ocultando, por unos instantes, el alboroto de la gente dentro. Espero a que se pierda viendo moverse en el muro, totalmente ilegible, el reflejo de la sombra del farol sobre el perforado nombre del cartel: *"Unnamed"*, ¿Anónimo?, curiosa denominación para un establecimiento al que yo iba a entrar. Cuando el rumor de la vida vuelve a mis torpes oídos mediante algún grito -no podía distinguir otra cosa- no me lo pensé demasiado más para entrar. Efectivamente, si me había dejado llevar era por algo y mi instinto no me decepciona: al abrir y sólo con comprobar las relucientes paredes de roble aceituna y el artesonado de caoba los clientes, aunque de todo un poco, cómo no, debían ser lo suficientemente distinguidos para tal clase de establecimiento y para mis propósitos.

Aun dentro, ante la tímida chimenea el frío invernal se deja notar severamente; habrá que remediarlo y pronto y sabía el modo de hacerlo. Examino con cuidado el abarrotado local como si de un juego de estrategia a las batallitas se tratase. Y es que todas las precauciones son pocas para mi cerveza más fácil de atragantar y lenta de beber: la primera.

La hilera central de lámparas que colgaba se mantenía apagada, dejando que la iluminación se basara en cornucopias de cobre viejo que nos recibían a los clientes con los brazos abiertos, de manera cálida y acogedora: insuficiente para destacar el meritorio trabajo en escayola del techo y las inmundicias y brillantes ojos de la clientela pero más que de sobra para la complicidad del desorden.



Pero lo importante para mí seguían siendo los allí reunidos y ahí me centré. Una fugaz mirada y me agrada, por mis intenciones, que las mesas de la izquierda con sus supuestos privados dependan más de la educación de la persona que de la disposición constructiva. Decido, dejándome llevar por la tradición, ponerme en la barra y aprovecho el ruido de la gruesa puerta al cerrarse de golpe y la instintiva curiosidad de sus ocupantes que se giran para que yo pudiera elegir, cara a cara, a mis posibles vecinos. Aun así, tras la primera inspección sigo sin estar decidido y busco, paso a paso, hasta encontrar en la mitad de la barra a mi hombre. Resulta ser un solitario joven de pelo rubio rizado, imberbe y pecoso que lleva en el bolsillo del gabán azul marino, aún puesto, un periódico de penique, que al fin y al cabo –lejos del Times y el Globe– son los que han forjado con su descuidada tipografía la opinión del pueblo inglés del delicado final de este endiablado siglo XIX. Cuelgo mi abrigo en la percha y apenas me he dado la vuelta, el grueso señor del otro lado de la barra, mientras se limpia las manos en un negruzco y mojado delantal, se abalanza sobre mí. Pone tal empeño en servir con tan desaliñada cortesía que sin pensármelo le pido una pinta para quitármelo de encima y espero. Confío y me encomiendo en la insatisfecha e irritable juventud, con todo por demostrar, a la que todo se le reprocha, especialmente lo que no han hecho por estar remoloneando en la cuna. Adrede le pincho un poco, creo que será suficiente para un tanteo, después ya le provocaré más, a grandes voces entre el bullicio, mientras señalo el periódico de su bolsillo: *“Hijo, ¿qué hay de nuevo por esos mundos de Dios?”* Se vuelve indolente, me mira fugaz, y me retira la mirada soltando, con llamativa desgana, al espejo de detrás de la barra un inesperado *“Nada interesante, lo de siempre, qué quiere usted que le diga.”* ¿Que qué espero que me digas? Que estás harto, con los bolsillos vacíos, todo el mundo te explota, te consideran un inútil miserable y... Aquello me desarma, he de reconocerlo; debo pensar, debo pensar... cojo la jarra y con un sorbo que ni traspasa la espuma intento aclarar ideas y hacer tiempo. No me lo esperaba y ha sido un duro golpe. Pero tal vez, esta juventud... ya no es lo que era. Pero mi otro vecino, hasta entonces ignorado, sonriendo por resignado mártir me salva: *“Pero ¿qué es lo de siempre? Un desatino tras otro; así nos va.”* A lo que interviene el tabernero: *“Jack, tú siempre*

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

*igual, no cambias, maldito agorero.*" Y mi esperanza solidifica en forma de explosivos rayos y truenos de boca de Jack, mi nuevo y leal enemigo. La velada, por fin, no tiene visas de aburrimiento y ahora sí que yo podía saborear esa cerveza aunque, todavía, a pequeños sorbos. A Jack, parecía que la vida le había tratado bien, aún así se quejaba y se quejaba. Palabras y más palabras que caían a plomo en forma de desencanto; casi por vicio: me conocía muy bien a esa clase de individuo. Y lo mejor de todo, no hacía falta mi intervención para arrancárselas. Palabras y más palabras que zarandeaban los cimientos de aquella Inglaterra victoriana, nuestra Inglaterra. Yo callaba con leves gestos de negación que era como dar perpetua cuerda al discordante carillón, que ofendido insistía y buscaba nuevos argumentos. Palabras y más palabras repulsivas pero de las que yo me limito a negar con ligereza, dejándole libre las manos y sobre todo esa lengua, soltando latigazos hacia todos los frentes. Yo lo dejo hasta que Jack toca cierto resorte que no puedo ignorar: *"Y nuestros hermanos e hijos muriendo por ahí, tirados en el barro como perros, por el glorioso imperio."* Pero ese resorte era común en gran parte de la concurrencia, aunque fui yo quien me anticipé, tenía mis motivos:

-Nunca me he tenido por un perro. -Lanzo desafiando.

-No, usted no, por supuesto. Me refiero a... ¿es usted soldado de su majestad? -Duda pero cae torpemente al fin en la cuenta.

-Usted nunca entendería lo que es luchar por su patria, veo que es inútil. -Suelto a los que allí estaban, poniendo a Jack como excusa, ganándome poco a poco al auditorio.

-¿Dónde está usted destinado? -Me pregunta intrigado el tabernero.

-Estuve sirviendo en África del Sur. -No doy más datos, prefiero dejar en el aire el misterio; hacerme el interesante y es que en realidad, me lo merezco en cierta manera, debía ser así.

-¿Cuándo lo de aquella famosa matanza

en...? ¿Cómo se llamaba? –  
Interviene por fin el joven  
querubín.

-No andaba lejos de allí, de aquello que tú pisoteas con tus torpes  
palabras, pero a nosotros nos tocó un poco después.

Y de un largo trago me bebo al fin toda la cerveza, casi intacta  
hasta entonces. El tabernero la repone inmediatamente por otra para  
acortar mi silencio. Poco a poco me sentía más y más cómodo: iba  
ganando terreno. Y continuó achicando espacios, no me costaría, sólo  
había que tirar del corazón.

-Hijo, no llames así al desastre de *Isandhlwana*, como si nuestros  
hombres fueran carne de matadero al peso, es repugnante tal y como  
lo dices. –Le recrimino y cambio de tono para narrarlo, sin tacto y  
tampoco, pero ampliando mis posesiones-: Sí es cierto que la mitad del  
campamento inglés fue masacrado en el ataque. Fue un mal comienzo  
en reino zulú pero pronto les dimos una gran lección en Rorke´s Drift.

Y de otro largo trago, con gran naturalidad, acabo la segunda  
jarra como para recordar lo justo, ni más ni menos, diluyendo en ella lo  
áspero de la memoria. Al otro lado de la barra, un anónimo gesto de un  
dedo índice en una mano que ni siquiera se levanta, imperceptible para  
todos excepto para mí y el camarero que, apresuradamente, saca un  
pequeño vaso de cristal, de grueso culo estrellado, busca debajo de la  
barra, en el fondo más escondido, y lo llena del mejor viejo whisky  
escocés. Lo que supongo será un buen whisky escocés. Lo pruebo, lo  
saboreo y al final lo bebo sin contemplaciones para aclarar la memoria  
y ponerme en situación: es un muy buen whisky, en efecto, no me había  
equivocado. Y ya, algo caliente, como aquel sofocante día de enero  
de la batalla que pretendía rememorar, continuó dando por hecho que  
la gran mayoría me presta atención; el silencio casi absoluto no se  
podía interpretar de otra manera más que por mi presencia.

-Efectivamente, -continuó- no todos los zulúes llegan a tiempo de  
unirse al ataque de *Isandhlwana* y piden a su comandante estrenarse en

combate y lavar sus relucientes lanzas con más sangre inglesa, nuestra sangre, en nuestro Rorke's Drift. Y así comienza lo que todos conocemos.

Paro, bebo y al instante de terminarme el whisky, también se ahoga el bullicio superviviente y, por fin, la atención era toda mía. Me llenan el vaso de nuevo, a lo que no le presto la más mínima atención porque empiezo a abrocharme la roja casaca de guerra. Aún así, espero a que me recuerden la importancia del evento con un poco original: "Por favor, siga usted." Y así lo hago.

-Cuando llegan las primeras noticias del inminente ataque de cuatro mil zulúes, Chard y yo, los dos tenientes al mando, con toda la tranquilidad del mundo, ordenamos...

-Entonces, ¿es usted Mister Bromhead? -Me interrumpe, gratuitamente, el joven. Me hace sentirme importante, muy importante. Me alegra comprobar que mi nombre permanece, y tal vez permanecerá, imperecedero en el tiempo. Y bebo para celebrarlo.

-Sí, efectivamente. -Me siento seguro.

-Eso ocurrió hace apenas dos años ¿cómo es que a su edad sólo era teniente? -Me vuelve a cortar dejándose llevar por arrogante juvenil curiosidad. Pero esta vez sí me entraron ganas de mandarle callar sin contemplaciones; aún así me pego otro largo sorbo, me controlo, vuelvo a beber... Noto la tensa espera y apuro la copa para que esta se vuelva a llenar como por ensalmo y por ensalmo me sale una cortés respuesta, la que necesitaba.

-Tal vez por mi poco oído, el alto mando me tenía en poca estima por ello. Me sopesaba con muchas reservas, demasiadas diría yo, pero, como buen soldado, yo nunca me quejé. Pero ¿deseas escuchar la historia desde el uniforme del color de la sangre derramada o prefieres contarla tú, joven insolente, empapado en tinta de los diarios?

-Por supuesto, perdone, siga. No era mi intención molestarle.

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

-Pero... -algo me viene a la cabeza y un trago me ayudará a que salga a la luz- tampoco tengo la edad que aparento, he castigado mucho a este cuerpo y él no ha tenido ningún pudor en recriminármelo bajo sutiles avisos de salto a la tumba, con ironía, de forma natural. -Y me contemplo, esforzándome ante la poca luz, en el espejo: mi barba blanca, mi cansado aspecto, mis asimétricas arrugas pero ni una sola cicatriz.

-Le vuelvo a pedir disculpas, señor.

Me hace reaccionar gracias a Dios porque continuaba embebido en justificarme ante todos como condenado a ello por obligación. Y no era cuestión de rebajarme aún más ante mis oyentes, que eran míos, yo los poseía en cuerpo y alma. Yo era el actor principal, el gran héroe que justificaba la hazaña y no el que debía justificarse.

-Está bien... déjalo, te comprendo, entiendo tus sueños pueriles en la que la lógica... Pero sigamos, -unos sorbos para volver al asunto con toda la nitidez- íbamos por nuestra orden, esa sí dentro de toda lógica, de Chard y mía de reforzar el perímetro de aquellos diminutos y simbólicos edificios de barro y paja, casi castillo de naipes, pero que se suponía una reconocida frontera; reforzar lo que debía ser un punto muy gordo en un mapa británico con sacos de cereales y cajas de galletas: lo único que teníamos a mano allí en mitad de ninguna parte. Se palpaba la tensa inquietud en el centenar de soldados que allí aguardábamos pero la moral estaba alta; a veces bastaba una simple mirada, imperturbable, para que el coraje engarzara entre hombre y hombre y nos envolviera como manto protector, amplificando lo mejor de cada uno. Aquel día el atardecer remoloneaba y se hacía aún más largo, vaticinio de que la noche con su oscuridad caería con toda su crudeza. Sólo era cuestión de esperar y así lo hicimos hasta que todo terminó con el legendario grito del centinela, ya histórico, que volviéndose hacia nosotros, lanzó con voz firme: "¡Aquí llegan, negros como el infierno y densos como la hierba!" Los cobardes auxiliares indígenas que nos acompañaban huyeron presos del pánico pero nosotros continuamos impassibles; incluso nos da más confianza que el valor y la disciplina era algo que nos distinguía de los nativos. El silencio

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

de la espera apenas duró media hora, media hora en la que se podía oír el tictac del reloj, el latido de nuestros corazones y la respiración sosegada del valor. –Aprovecho e intensifico el silencio para, de otro trago, acabar la copa; espero en ese silencio a que le precediera otra. Por fin, deciden romper la imponente alineación alrededor nuestro y en bandada se dirigen hacia nosotros. Corren en avalancha con sus gritos de guerra en brusco contraste con nuestro silencio y quietud; pero todos, aunque ellos atacando y nosotros defendiendo, con un mismo fin: ganar. Sus rugidos casi animales, sus felinas carreras agitando lanzas tras aquellos toscos escudos ineficaces ante una bala moderna. Los fusiles enfocados, apuntando prestos. Se acercaban cada vez más a nosotros, cada vez más a la línea de tiro. Cuando entraron en nuestro campo de fuego dimos, sin dudar, la orden de disparar. A manos de nuestros diestros tiradores, caían y caían pero, tal era su número, que siempre existía un nuevo zulú que reemplazaba su lugar y, a pesar de las cuantiosas pérdidas, aquello no los disuadía; y así, nos veíamos incapaces de que las distancias no se acortaran. Se acercaban cada vez más pero nosotros no nos movíamos. Pronto, cuando ya nos podían mirar cara a cara, directamente a los ojos, casi lo único que refulgía ante la escasa luz del anochecer, una ola de lanzas, la mayor parte estéril, cayó sobre nosotros que, refugiados tras las cajas y sacos, seguíamos disparando. La verdad es que aquellas grotescas barricadas apenas nos cubrían totalmente ni incluso disparando, como lo hacíamos, cuerpo a tierra. –Un momento para beber, para pensar en ello, venía el tramo más duro- Las distancias se seguían acortando, la lucha cuerpo a cuerpo se hacía inevitable. Casi sin darnos cuenta se nos echaron encima y casi les disparábamos a quemarropa: algunos de mis hombres les golpeaban con la culata para darse tiempo a volver a cargar, otros se revolvían hacia todos los frentes con la bayoneta calada buscando enemigos. Aquellos salvajes eran rápidos y ágiles como el viento. Vestidos y envueltos con las pieles y el coraje del leopardo trataban de arrastrarnos fuera de nuestras endeble barricadas pero nosotros resistíamos y resistíamos. Todo esto continúa y continúa mientras nuestras fuerzas flaqueaban y, ya exhaustos, intentábamos atrincherarnos como podíamos. El cansancio del cuerpo a cuerpo nos hacía reventar en un último estallido, en dejar nuestro

último hálito de vida sobre el rostro de un nuevo zulú muerto "uno menos para nuestros compañeros", nos repetíamos. Pero, de repente... se retiran. Recuerdo que cuando ya nos volcamos para ayudar a los heridos, pude mirar el reloj un momento y marcaba las cuatro de la mañana. -Apuro el whisky y sin comenzar el siguiente continuo: Atendimos a la docena de heridos y... honramos cubriendo a la quincena de valerosos hombres, grandes compañeros y mejores amigos caídos en combate. -Otro trago.

-Cuenta la leyenda que los zulúes volvieron unas pocas horas después y... -Ese otro trago fue aprovechado para interrumpirme. El joven sigue con lo que supongo sería la recreación cientos de veces en los periodicuchos con la historia; aunque deja en mis manos la continuación. Mientras, me acabo el whisky con solemne lentitud, este sí me lo tomé con calma: saboreé el instante que venía, recreándome en él.

-No es leyenda. Apuntamos en el diario, y allí consta tal como fue, que a las siete de la mañana, rayando el sol, volvieron a apostarse sobre la colina. Nosotros estábamos preparados para todo pero, cuál fue nuestra sorpresa, cuando sólo hicieron acto de presencia para rendir, a nosotros que habíamos matado a cerca de cuatrocientos de sus hombres, hombres de su misma sangre, un bello homenaje a nuestro coraje, arrojo y valor. Nos rindieron homenaje, nos enseñaron su respeto hacia sus valientes enemigos y demostraron su hombría y sentido del honor, quién lo iba a decir de unos salvajes. Nos dimos una mutua lección; todos los que allí habíamos combatido éramos verdaderos caballeros de noble corazón.

Dejo tiempo para la reflexión, para que el todo el mundo piense en ello mientras empiezo una nueva copa pero...

-Mister Bromhead, le fue concedida la medalla de la Victoria, ¿no es cierto? -Continúa el joven. Aprovecho y bebo mientras callo y pienso. Al poco rompo.



-Sí, no sólo a Chard y a mí, sino también a varios de nuestros valerosos hombres. -Intentando distanciarme metiendo a más gente por en medio. Supuse que bastaría con esas palabras para apaciguar a la tempestuosa juventud pero...

-La Cruz de la Victoria es la máxima distinción militar, debe estar orgulloso de sus hombres, ¿a cuántos de sus soldados se la concedieron?

-¿Qué más da?! -Lanzo furioso cuando me siento impotente para acallararlo; yo antes había estado torpe en mis palabras, nunca aprendo; maldito bocazas. Me obliga a otro trago, largo trago- Era una representación de aquellos hombres, algo simbólico que pertenecía a todos, a cada uno de ellos, uno a uno. -Era la respuestas más acertada que podía dar, la más civilizada, la más humilde; me sentía contento de mis palabras. ¿Qué más esperaba? Bebo y termino otra copa.

-Pero se eligieron a los mejores, a los que destacaron... ¿cuántos eran? Creo que recordar que once, ¿no es cierto?

Cojo un nuevo vaso, sudoroso, y me veo reflejado en el espejo pálido como la muerte; y quiero zambullirme en el whisky sin recordar que aquel trago siempre me resultaba un trago muy amargo, el más amargo; aún así lo tomo. Y es cierto, ese trago me abrasa la garganta; de hecho quiero arder con él en el infierno, era un trago que atenaza mi corazón y me hace verme como un borracho, un repugnante don Nadie. Hasta que le escupo la cifra, qué más da ya:

-Efectivamente, con Chard y yo, fuimos... *once*. -Y respiro, al fin, ignorando hasta entonces que había contenido la respiración.

-¿Le ocurre algo, señor? -Me pregunta el tabernero, que supongo vería en mi rostro una parte de lo que me recorría comiéndome por dentro. Claro que me ocurre, ¿tenían que preguntarme por la dichosa cifra? Pero tengo que limitarme a un... Debo escapar de mí mismo y salir de aquí cuanto antes.

-Lo siento, caballeros, es hora de irme. -Digo sin mirar el reloj. Echo mano al bolsillo de mi chaleco para pagar pero el ya no tan escondido dedo índice vuelve a intervenir; esta vez con solemne y distinguida voz:

-No solemos tener héroes por aquí, permítame invitarle, señor Bromhead, sería todo un honor.

*¿Héroes?* Resuena en mi cabeza, me martillea mientras el gordo tabernero, intimidado por esa misma palabra pero sobre todo supongo que por el poderoso señor del ensortijado dedo índice, se azota la cicatería y añade:

-Nada de eso, es la casa quien paga a nuestros héroes.

*¿Héroes?* Me vuelve a punzar esa palabra. Me miro en el espejo y ese no soy yo o, mejor, no soy el que era, algo todavía peor, más terrible. Todavía transfigurado y fuera de mí, me queda la inercia de la costumbre, de la cortesía como acto reflejo y me niego varias veces hasta que al fin, y todo con la mente en blanco, me dejo llevar por el instinto e intento finiquitar con los modales de un caballero, acepto la invitación y me despido con la más correcta educación que antaño era el pan de cada día. Cojo mi abrigo, me pongo la bufanda y salgo, concentrándome en cada paso para escapar de allí lo más dignamente posible, sin tambalearme como un ahorcado tras la caída al retirarle el último apoyo horizontal.

Ya fuera, atormentado como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento por desertión, repito caminando como un loco: "once", "héroes", "once héroes", "once"... Ando unos pasos, supongo que ido y endemoniado, por laberintos de viejas y oscuras calles y desnudas plazas. No es la fría niebla la que me ciega, lo sé muy bien: ya lo he vivido antes en numerosas ocasiones. Tampoco es el cuantioso alcohol, esas copas sólo han amplificado mi suplicio, el que me merezco. Huyendo siempre de ello intento discriminar y zambullirme únicamente en la parte mágica, que me la recuerden en su luminosidad, que me engrandezcan como el afamado y extraordinario hombre que soy pero... "once"... y entonces sospecho: *¿o no soy y sólo fui sin serlo?* y de

repente caigo de bruces en el todo, salpicándome también el sucio barro que me embadurna transformándome en esperpento de lo que debí ser.

Me odio y hasta deseo mi muerte por lo que acabo de hacer pero sé que volveré a caer, una y otra vez, día tras día, noche tras noche. Aunque ya me quedan pocos tugurios en Londres donde no me conozcan para hacer la jugada del héroe; si supieran que el bolsillo derecho de mi chaleco no tenía ni un maldito chelín ni para pagar la primera cerveza... O que empeñé el reloj donde miré tan histórica hora. O que...

Deambulo, ajeno a mí, imagino que por las mismas calles mal alumbradas y bajo los mismos arcos sombríos, junto a caras repelentes de borrachos *¿cómo yo?*, me pregunto. Ojalá, pero yo sí soy consciente de mi desgracia. Me odio con ferocidad, atrocemente, no quiero vivir ni un minuto más pero instintivamente, como lo haría un animal, giro para no pasar por *Blue Gate Fields* donde debo mucho dinero y no dudarán en... al *héroe*; por aquellos lugares sí que conocen demasiado bien al gran héroe. Pero no siempre fui así, no siempre fui así... mis hombres recordarán a su digno teniente antes de... *¿antes de qué?* Maldita sea la hora donde...

Me odio, me doy asco y me desprecio, especialmente por ese falso número "once" que me persigue a todas partes. Cada vez que lo recuerdo, deseo haber muerto en Rorke's Drift. No quiero volver a casa donde mi mujer me gritará, cruelmente pero con toda la razón: "¿Otra vez con batallitas, maldito borracho?" Y ni siquiera ella lo sabe, no sabe lo de..., y ella sí recuerda a aquel endiosado Charles que regresó orgulloso y se paseaba soberbio y con gran honor. Era un héroe que permanecería en la historia más gloriosa del imperio. Era un ser respetado porque movía a respeto no sólo como héroe sino también como hombre, me lo merecía, hasta que ese número, una frase y mi porqué empezó a atormentarme hasta que estallo y cambio por completo. La caída fue muy dura. Porque yo no era así... lo juro. Ahora me repugna mirarme al espejo pero antes... no hace mucho de eso... yo

era el famoso Charles Bromhead, el gran héroe, al menos así me creía hasta que...

Ni siquiera mi mujer lo sabe, ella sólo me vio cambiar de repente, de la noche a la mañana. Ni siquiera ella conoce lo de aquel muchacho tímido y callado por fuera, ahora sé que no tanto por dentro, que apenas tenía relación con nadie. Llegó allí, al batallón, envuelto en misterio, con pasado incierto, y nadie le preguntó: estaba en su derecho.

Once recibirían la medalla de la Victoria pero en realidad fueron doce los que deberían haberla albergado en su pecho. Aquel callado muchacho la rechazó con aquella simple y mezquina frase. Se hizo pacto de silencio entre caballeros por el grave agravio a su majestad. Por tal afrenta se decidió mantenerlo, perderlo por siempre en el anonimato; *¿Unnamed?*, es gracioso. Aquella maldita frase, de las pocas palabras lejos del protocolo de mando que le oí decir, cambia toda mi vida, cercena una parte de mí de un hachazo porque un día, entre risas, la consideraba tan estúpida que, sin quererlo, me paré a pensar sobre ella ¡maldita sea la hora! hasta la locura. Una frase perdida en el aire que nunca fue escrita, una frase que nunca pasará a la historia, una estúpida frase que me atormenta a cada trago ¡y es la que me llevó a la primera copa, maldita ironía!, que siempre retumbará en mis oídos el resto de mi vida y que sólo morirá con el último de los once condecorados de Rorke´s Drift: *"Yo sólo pasaba por allí."*